

Domingo XXXIV. Año C

Lectio divina sobre Lc 23,35-43

Con la celebración de la realeza de Cristo finaliza la Iglesia el año cristiano. Durante él, domingo tras domingo, hemos ido recordando cuanto Dios hizo por nosotros y cuánto le costó a su Hijo llevarlo a término: el amor desmedido de Dios y el sacrificio voluntario de Jesús han sido, pues, los motivos centrales de nuestro peregrinar litúrgico. La solemnidad de Cristo Rey es como una especie de síntesis de todo lo vivido y celebrado durante el año que acaba: Cristo Jesús es nuestro rey, porque Dios le ha hecho señor de nuestras vidas y de nuestro mundo. Y le ha dado tal poder no para hacernos siervos suyos, sino para salvarnos de la muerte y de nosotros mismos. Para no perdernos más, Dios nos ha confiado a la atención de quien quiere cuidarnos: el amor que Dios nos tiene le ha llevado a ponernos bajo la soberanía de aquél que entregó su vida por nosotros, su Hijo, Jesucristo nuestro Señor. ¿Puede cuidarnos alguien mejor que quien ha dado su vida para que la tengamos nosotros?

En aquel tiempo, ³⁵las autoridades hacían muecas a Jesús, diciendo:

«A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.»

³⁶Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre ³⁷y diciendo:

«Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.»

³⁸Habla encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: «Éste es el rey de los judíos.» ³⁹Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo:

«¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.»

⁴⁰Pero el otro lo increpaba:

«¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? ⁴¹Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada.»

⁴²Y decía:

«Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.»

⁴³Jesús le respondió:

- «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Es antiquísima convicción de fe cristiana que Dios ha hecho a Jesús de Nazaret Cristo y Señor en su resurrección. Tuvo que pasar un tiempo hasta que lograran los cristianos entender que la muerte en cruz fue, en realidad, la ceremonia de su entronización real. Ahora Lucas hace de esa convicción una crónica.

La escena, breve, está magistralmente redactada. Lucas ha dado espacio y la palabra en ella a los que presenciaron más de cerca la muerte de Jesús (no hay que pasar que no había discípulos 'a la vista!'): las *autoridades*, que lo habían condenado (Lc 23,35); los *soldados*, que lo estaban ajusticiando (Lc 23,36); los dos *bandidos*, que morían junto a él (Lc 23,39-40). Los tres grupos vinculan la realeza de Jesús con su autosalvación; le aceptarían como mesías, si se salvara y los salvara (Lc 23,35.36.39). Las autoridades ponen en duda que pueda salvarse, aunque no pueden negar que salvara a otros. Los soldados le piden que se libre de morir, si es que puede, y demuestre así su poder. Uno de los malhechores le incita a que muestre su mesianidad salvándose y salvándolo. Sólo el otro, ¡y tras confesar su culpa!, pide que lo recuerde cuando vuelva a reinar. Y ése será el único que compartirá salvación y reino (Lc 23,43).

Significativamente Jesús, de quien todos hablan mientras él muere, sólo interviene al final para asegurar la salvación a quien no dudaba de su dignidad mesiánica. El 'buen ladrón' no hizo más que confesar su culpa, reconocer la inocencia de Jesús y pedir ser recordado cuando volviera a reinar. Quienes querían una prueba – siempre la liberación de la cruz – para aceptarlo mesías de Israel, no obtuvieron respuesta alguna. Quien no tuvo dudas sobre su inocencia ni sobre su realeza, sólo quería ser recordado por Jesús: consiguió acompañarlo en su reino.

La escena se cierra, pues, afirmando la real potestad de Jesús de salvar a quien se lo pida. Pero para poder pedirlo, habrá antes que confesar la propia indignidad y aceptar el modo como Jesús ejerce de mesías de Dios, muriendo en cruz. Jesús no es mesías porque escape a la muerte, sino porque muere para salvar de ella.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

En el calvario la realeza de Jesús no puede ser malinterpretada, a lo sumo, y como recuerda el evangelio hoy, puede no ser entendida: vilipendiado, mientras pende de una cruz, es proclamado, no sin ironía, rey y mesías. Reinar desde una cruz es una forma insólita, poco creíble, de reinar. Entrar en el propio reino acompañado de un ajusticiado no resulta un modo muy noble - ¿es lógico? – de estrenarse como rey. De todos los que presenciaron la crucifixión sólo compartió reinado con quien compartía con él padecimiento y muerte; el compañero de pasión de Jesús le acompañó en su reino. Quien supera el escándalo y comparte su suerte, aunque sea un ajusticiado, le acompañará en su triunfo inminente. Quien le

acompañe en ese trance, por más merecido que se lo tenga, le acompañará en su triunfo. Es el compromiso que el Crucificado ha tomado en la cruz y ya ha cumplido con su acompañante primero.

Ha sido todo un detalle - digno sólo de un Dios - el haber puesto el destino de nuestras vidas, su fortuna y su desgracia, en manos de quien dio la suya para salvar las nuestras. Si quiero conocer de verdad, y para siempre, el amor que Dios me tiene, no tengo más que reconocer el señorío de Jesús sobre mi vida y sobre mi muerte. Dios nos ha librado de todo señor, y de toda servidumbre, porque nos quiere súbditos de un solo señor, Cristo crucificado.

Pues bien, si el servicio a Cristo nos gana el amor de Dios, nos interesa qué deberíamos hacer para realizar este servicio. El relato evangélico viene en nuestra ayuda: Jesús es rey porque murió crucificado; no es rey, pues, a la manera de los que lo son o han sido: por herencia familiar o por elección del pueblo; se lo ganó a pulso, entregando su vida; su soberanía dependió de su sacrificio personal; su reinado lo ejerce sirviendo a sus siervos, sin servirse de ellos. Cristo volverá a reinar allí donde viva un siervo suyo con tanto poder sobre sí como para ponerse al servicio de los demás; no dejará de reinar Cristo entre nosotros mientras existan cristianos que ponen a disposición sus vidas para que otros no las vayan a perder.

Y, anótese bien, no es preciso haber sido mejor que los demás, para que Cristo empiece a reinar con uno. Tan sólo necesario, eso sí, mantenerse cercano a la cruz de Cristo, serle compañero, si no de vida, sí en la cruz. Lo ha recordado el evangelio: fue un malhechor el primer ciudadano del reino; las autoridades y los soldados que se mofaban de él, los curiosos que miraban el espectáculo, los amigos y discípulos que le habían abandonado, todos perdieron su oportunidad; no se creían tan malos como para merecer semejante castigo. En cambio, un hombre que sabía de su culpa, un condenado que, casualmente, compartía su suerte con él, supo aprovecharla y lograr un puesto en su reino. La anécdota debería llenarnos de esperanza: si un injusticiado encontró un primer puesto en el reino de Cristo, no hay razón para que dudemos de lograrlo nosotros un día. Si entrar en su reino está a la alcance de malhechor, no nos lo ha puesto tan difícil nuestro rey. Ahora bien, no basta con morir como y con a él. Cristo prometió un lugar junto a él, en su reino, a un pecador, sí, pero que era, al mismo tiempo, el único compañero de pasión que le quedaba. No pudo recompensar con un lugar en el paraíso a sus discípulos que le habían dejado, ni a los transeúntes que le contemplaban sin interés, ni a los soldados que procuraban aliviar su agonía, ni a las mujeres que con pena le seguían de lejos, ni siquiera al otro crucificado que le urgía a salvarse y a salvarlos. Compartió su triunfo únicamente con quien había compartido el patíbulo, aseguró un lugar junto a él en el reino a quien había, junto a él, soportado la cruz. Nadie, pues, puede ilusionarse con llegar donde él está, sin recorrer el mismo camino; quien no le ha sido compañero en la entrega, no puede aspirar acompañarle en su reino.

Para acompañar a Cristo en su paraíso, no basta con serle compañero de pasión: hay que reconocer el propio pecado y hay que rogarle no se olvide de nosotros cuando llegue a su reino. Jesús, que muere con nosotros, no es como nosotros, merecedor de nuestra pena. Compartir todo con Jesús, incluso su muerte infame, es condición para compartir su reino. Nadie puede ilusionarse con entrar en su reino si no hace propio el camino real por él recorrido: declararse súbdito de Cristo rey impone la servidumbre de la cruz. Que la cruz sea su trono, obliga a quienes le aceptan como rey a aceptarle a él crucificado y a aceptar las cruces propias: mal podríamos reconocer la soberanía de Cristo, si no asumimos el modo como la obtuvo. No es la cruz, sino Cristo crucificado, la meta de la vida del cristiano: entrar en su gloria lo consiguen sólo sus compañeros de pasión, por indigna que haya sido su vida.

Quien hoy se goza de tener un rey así, que llegó a serlo porque murió por él, debería ser más cauto y comprobar si en verdad le está sirviendo como él se merece. Porque querer tenerlo como Señor y seguir manteniendo el éxito, el poder, el dinero, el placer, como razón de nuestra vida y, a veces, causar la muerte a otros no resulta compatible. ¿A qué reino queremos pertenecer, al reino de los espabilados o al reino del Crucificado? Si, compañeros del Crucificado, pusiéramos nuestra vida al servicio de los demás, día a día, sin grandes gestos pero con perseverancia, habría más vida, más porvenir, más esperanzas, en una sociedad que contaría con cristianos dispuestos a dar la vida antes que quitarla. Le sobran a nuestro mundo malas personas; le están faltando buenos cristianos, súbditos del rey crucificado.

No lo olvidemos: para acercar el reino de Cristo a los hombres de hoy, Dios no espera que seamos ya buenos, le bastaría con que compartiéramos con Cristo la cruz que hemos merecido; Cristo sigue necesitando compañeros de pasión, cristianos que, por más defectos que tengan, no renieguen de su Señor crucificado. Tendríamos que estar dispuestos a compartir con él nuestras penas, compartir nuestras soledades, comunicarle nuestras desgracias, para no perderle para siempre. Porque, si Cristo reina desde la cruz, todo el que sufre puede contar con él, como compañero de penas, mientras dure la prueba y contará con un puesto junto a él, cuando llegue a su reino.

La promesa que Cristo hizo al malhechor el día de su muerte, no la ha retirado; con ella estrenó reinado y se comprometió mientras reine. No quiso dar triunfos que perecen ni salvaciones momentáneas; de hecho, ni se salvó él ni salvó a quien moría junto a él. Pero el compañero de pasión de Jesús no quedó olvidado. El compañero de Jesús crucificado puede estar seguro de que, aunque todos los demás le condenen o abandonen, Dios le libraré de su dolor y de su muerte. Un rey así merece nuestro servicio: ¡venga a nosotros, tu reino, Señor!